

LA FIESTA DE LOS VERDES

Salvador Frutos Hidalgo

El tiempo, con su inapelable transcurrir, va cambiando paisajes, costumbres, formas de vida... La huerta de Murcia durante siglos ha permanecido sin apenas modificaciones. Los sistemas de riego, los cultivos, la vivienda, el vestido, las costumbres sociales han evolucionado muy lentamente desde la Edad Media hasta bien entrado el siglo XX. Pero en la segunda mitad de esta centuria los modos de vida tradicionales de la huerta desaparecen con vertiginosa rapidez. La mecanización, el progreso técnico, la notable mejoría del nivel de vida llegan hasta los últimos rincones de la huerta, y las costumbres y usos tradicionales de los huertanos se abandonan definitivamente. Hoy son solo un recuerdo en la mente de los más ancianos y piezas arqueológicas en las salas de los museos etnológicos. Sin duda estos cambios han venido para bien, por mucho que nos hablen de ellos con un lamento los nostálgicos del pasado. Más merece la pena rescatar del olvido manifestaciones que son una parte importante de nuestra historia.

Una de las facetas de la vida del huertano a tener en cuenta era la constituida por sus fiestas y diversiones. Escasas, por supuesto, pues su discurrir estaba marcado por el duro trabajo de las faenas agrícolas, el sacrificio y la penuria económica. Menguado era el tiempo que dedicaba al ocio, pues no sabía de vacaciones y muy poco de días festivos. En las ocasiones en que la juventud podía buscar algún tipo de diversión ésta era por lo general muy sobria. Lo más habitual era que las mozas y mozos, los zagales y las zagalas, se reunieran en casas donde acudían con algún instrumento musical, casi siempre la guitarra, aunque también se tocaban otros como la acordeón y el laud. Habían aprendido la música "de oído", transmitida así de mayores a pequeños. Frecuentemente acompañaban los instrumentos con canciones, los que mejor se creían dotados para ello, y se bailaba, eso sí, siempre bajo la atenta mira-



La fiesta de Los Verdes.

da de las madres de las zagalas. Este era el modo de conocerse los jóvenes y de que las mozas casaderas encontraran novio.

Otro medio de relacionarse la juventud era con motivo de las fiestas patronales de los pueblos. Se celebraban siempre teniendo como centro la iglesia parroquial o una ermita y en honor de la Virgen o de algún santo. Acudían las gentes de los lugares próximos y, aparte de los actos litúrgicos, no faltaban la habitual procesión, el estampido de los cohetes y los paseos entre los puestos de "cascaruja". Siempre las fiestas populares han girado alrededor de alguna festividad religiosa, y más aún en las zonas rurales donde la fe ha marcado la vida y los quehaceres de la gente humilde. Por eso queremos llamar la atención, y rescatar del olvido, una fiesta quizá única en toda la huerta de Murcia porque, a diferencia de las demás, no tenía ninguna motivación religiosa, en su lugar de celebración no había ningún templo ni la fecha coincidía con ninguna festividad de la Iglesia. Nos referimos a la que era conocida como "Fiesta de los Verdes", en las proximidades de San Ginés. En los límites de la huerta y el campo, donde acababan los

regadíos del Turbedal y empezaban los secanos del valle del Guadalentín. En la carretera de Era Alta a Sangonera la Verde, pasado el cruce con el camino de los Soldados, que une Alcantarilla con La Paloma, era el sitio elegido cada 29 de diciembre para este singular festejo. Punto de encuentro en tierra de nadie, pues no había en tal lugar ningún núcleo de población, ni siquiera casas aisladas. Un enclave que los ancianos todavía recuerdan como el sitio donde aterrizó el ingeniero La Cierva con su autogiro, todo un acontecimiento en aquellos tiempos que despertó la curiosidad de los huertanos. Aquí se daban cita en la tarde del mencionado día los jóvenes de los pueblos y pedanías próximos, Era Alta, San Ginés, El Palmar, Alcantarilla, Sangonera la Verde y la Seca...

Hoy el escenario al que nos referimos esta ocupado por una parte del polígono industrial Oeste, y la antigua carretera de San Ginés a Sangonera la Verde es una calle más del citado polígono. Pero en la primera mitad del siglo XX era un camino polvoriento con escaso tráfico de vehículos, ya que la ruta principal de Sangonera la Verde a Murcia trascurría por El Palmar. Camino que se llenaba de bullicio en aquella tarde del 29 de diciembre, con niños, jóvenes y mayores, pues no olvidemos que las madres acompañaban siempre a las hijas como medida de "precaución". A ambas orillas del camino se instalaban puestos que vendían "cascaruja": pipas, avellanas, torraos, cacahuets, etc. Y lo que era más característico: unas pelotitas de piel, rellenas con trapos o papel, con una goma elástica cuyo extremo se sujetaba a la mano. Así se podía lanzar la pelota y esta volvía otra vez a su dueño. De esta manera se divertían los niños y los que no eran tan niños, entablando pequeñas batallas y los jóvenes buscando una forma de relacionarse e incluso dar los primeros pasos para un futuro noviazgo. Aunque también era motivo de riñas, pues no siempre las mozas aceptaban de buen grado que los zagales eligieran sus traseros como

blanco de sus pelotitas. Como puede verse el festejo era de lo más simple, se reducía, además del juego de las pelotas, a dar paseos arriba y abajo del camino, charlar, consumir los productos de los puestos o tenderetes y, lo que era más importante, lanzarse los jóvenes miradas furtivas hasta llegado el momento que el mozo se atrevía a acercarse a la moza e intentaba ser aceptado como compañero de paseo. Si se tenía suerte podía pasar a ser considerado "pretendiente", paso previo a la etapa de entablar "relaciones". Y había que aprovechar el momento porque, como hemos dicho antes, las fiestas y ocasiones de ocio de los huertanos eran muy escasas. Por eso las mozas acudían con sus mejores galas, no muy lujosas en aquellos tiempos, dando sus paseos atentos a los mozos, no solo para observar si eran objeto de sus miradas sino también para impedir ser blanco de las dichosas pelotitas. Cuando el sol se ponía, y antes de que llegara la oscuridad de la noche, la fiesta tocaba a su fin, los puestos se levantaban y las gentes se recogían para sus casas. Y hasta el año siguiente.

Todavía en los primeros años de la década de los cincuenta se celebraba esta fiesta. Después desapareció definitivamente, los nuevos tiempos han traído otras formas de diversión, más ricas y variadas, y la Fiesta de los Verdes quedaba ya como algo demasiado simple y poco atractiva para la juventud. Pero la causa principal de su desaparición ha sido, sin duda, el hecho de desarrollarse en un descampado y no en una localidad determinada. Y más aún el no estar relacionada con una festividad religiosa o una ermita. Pues en estos casos sí que perviven las romerías y fiestas populares, mantenidas siempre por unas personas o una agrupación cívico-religiosa encargada de organizarlas. Pero La Fiesta de los Verdes, que se celebraba de forma casi espontánea y, como hemos dicho anteriormente, en tierra de nadie, no ha podido resistir el cambio del tiempo.

Ahora solo queda el recuerdo en los más ancianos del lugar.